

ANÁLISIS DE LAS CATEGORÍAS DE LA ECONOMÍA POLÍTICA: MARX COMO CULMINACIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Ricardo Molero Simarro y Adrián Ruano Delgado

ricardomolerosimarro@gmail.com & yugdrobed@yahoo.es

Universidad Complutense de Madrid

X Jornadas de Economía Crítica. Barcelona. 23 a 25 de marzo de 2.006

Resumen

El objeto de esta ponencia es el análisis de las categorías básicas de la Economía Política tomando a Marx como la culminación de una trayectoria conceptual que parte de la configuración de aquella como disciplina separada en un mismo proceso en el que el capitalismo se convierte en orden social dominante y la economía aparece por primera vez como instancia separada del resto de la sociedad. La consiguiente preponderancia de lo económico en el análisis no sólo del capitalismo sino de todo el movimiento histórico es reproducida por Marx quien toma de los clásicos sus categorías fundamentales (trabajo, producción, valor, etc) y las absolutiza por medio de la dialéctica entre lo abstracto y lo concreto. El estudio de esas categorías a través de la relación entre sus acepciones generales y las propias del modo de producción capitalista permite descubrir el modo en el que la forma puramente capitalista se acaba reproduciendo como el supuesto contenido común a todas las sociedades y a la propia condición humana. La universalización de la relación sujeto – objeto entre el hombre y la naturaleza es una muestra de la falta de superación radical de los esquemas básicos de la Economía Política. Las consecuencias que esto tiene para el proceso revolucionario es el objetivo último de la ponencia.

Palabras clave: Historia del Pensamiento Económico, Economía Política, Categorías Económicas, Marx.

Por eso la economía, pese a su mundana y placentera apariencia,
es una verdadera ciencia moral, la más moral de las ciencias.

Karl Marx,

Manuscritos de economía y filosofía

INTRODUCCIÓN: CAPITALISMO, ECONOMÍA POLÍTICA Y PRIMACÍA DE LO ECONÓMICO

Partimos de la hipótesis de que Marx lleva a cabo una absolutización de las categorías de la economía política. Trabajo, producción, valor, división del trabajo, excedente, etc se convierten, en sus acepciones *generales*, en el reflejo universalizado de las condiciones históricas y sociales que habían surgido con el capitalismo ya en el siglo XIX.

La *Crítica de la Economía Política* cuestiona el orden capitalista tal y como lo querían presentar los clásicos, es decir, como orden natural y eterno en el que finalmente se desarrollaría, en todo su esplendor, la supuesta verdadera naturaleza humana, la del homo economicus. Marx no sólo habría realizado una crítica de la economía política como orden económico-social, el capitalista, sino que también la habría hecho de ese sistema teórico que se prestaba a legitimarlo.

No en vano, uno y otro, sociedad capitalista y ciencia económica, habrían surgido en el mismo movimiento histórico. Así, Karl Polanyi (1944) expone el proceso histórico que habría permitido la formación de un mercado de trabajo en la Inglaterra del siglo XIX después de la derrota, en 1834, de la llamada Ley de Speenhamland. Derrota con la que el utilitarismo triunfaba como lógica de comportamiento humano, a la vez que lo hacía la economía como ciencia. Ésta se iba a encargar de dar parte de la nueva realidad que había surgido:

“La forma bajo la cual la realidad que estaba naciendo se presentó a nuestra conciencia fue la de la economía política. Sus asombrosas regularidades, sus contradicciones espectaculares tenían que ser integradas en los esquemas de la filosofía y de la teología para hacerlas asimilables a significaciones humanas” (Polanyi, 1944, 145)

La economía política asume esa tarea al mismo tiempo que la imposición de un gran mercado autorregulador como institución organizadora del funcionamiento de la sociedad se hacía posible con esa eliminación de los mecanismos que impedían la instauración de un mercado de trabajo a imagen del concebido por los economistas desde Adam Smith. Aquella imposición pasa a ser la mejor expresión del triunfo de los principios liberales que se encontraban en la base de la nueva ciencia económica que de esta manera logra imponerse.

Con la nueva centralidad social del mercado, la economía se separa del resto de la sociedad por primera vez en la historia (véase Polanyi (1944) a la vez que la ciencia económica se configura fragmentada con respecto al resto de ciencias sociales. A decir del propio Marx “la economía política no comienza *también como ciencia* a partir únicamente del momento en que se trata de ella *como tal*”(Marx, 1857, 189). El objeto de estudio surge al mismo tiempo que la disciplina que lo va a estudiar y que, de esta manera, lo hace real.

Constituida de esta manera como disciplina, la economía surge, por un lado, separada de lo político y, por otro, emancipada de la moral (véanse Dumont (1977) y Naredo (1987)). La filosofía moral y política de los siglos XVII y XVIII le había construido un dominio autónomo protegido de los juicios morales y de las intervenciones políticas. Esto fue aprovechado por la nueva ciencia para imponer al resto de la sociedad su propia moral, la utilitarista, y a la política sus propios principios, los liberales.

Pero no sólo eso, ya fuese a través de la tendencia humana a cambiar una cosa por otra en busca del propio interés o a través de la tendencia al continuo desarrollo de las fuerzas productivas, a partir de ese momento la racionalidad de lo económico y la preponderancia de la producción se convierten en principio de explicación del movimiento de nuestra sociedad, pero también, incluso, de las sociedades anteriores. La racionalidad científica y técnica de la sociedad capitalista se torna en racionalización de todo proceso histórico, del estudio antropológico y del propio comportamiento humano según el esquema de la economía.

El mismo Polanyi afirmaba que “nuestra conciencia social se formó en ese molde” (Polanyi, 1944, 145), el de la economía política. Según nuestro punto de vista, el pensamiento de Marx también. A decir de Dumont: “Marx

llevó la ideología económica a su máximo punto de poderío y extensión, a su apoteosis. Con él la consideración económica no se contenta ya con florecer como empresa especializada, conquista la sociología, la historia y la política” (Dumont, 1977, 143).

Por eso, aunque la *Crítica de la Economía Política* deja claro, frente a la economía burguesa el carácter histórico del capitalismo y señala las leyes históricas que mostrarían el camino para su superación; sin embargo, dicha economía política burguesa se convierte en su base conceptual y la *Crítica* no es capaz de subvertir las concepciones básicas que se encuentran detrás de ese sistema, es decir, el principio de lo económico impuesto por el capitalismo. “Marx hace una crítica radical de la economía política, pero esa crítica sigue teniendo la forma de ésta” (Baudrillard, 1973, 49). Al aceptar ese principio descubriría las leyes que rigen el sistema de la economía política, pero al mismo tiempo estaría elevando sus principios de funcionamiento al rango de universales. La radicalidad total de la crítica es puesta en cuestión.

Es lo dicho hasta este momento lo que, con el estudio de las principales categorías marxistas, pretendemos demostrar aquí. Las implicaciones que trae consigo para el proceso revolucionario serían nuestro objetivo último.

EL MÉTODO: MOVIMIENTO HISTÓRICO, REPRESENTACIÓN CIENTÍFICA Y CATEGORÍAS GENERALES

En su texto de *Introducción a la Contribución de la Crítica de la Economía Política* de 1857, encontramos la exposición más sistemática del método marxista. Para acercarnos al estudio de la realidad de un país, nos dice Marx, no bastaría con contentarnos con “lo que hay de concreto y real en los datos” (Marx, 1857, 182) ya que nos estarían mostrando “una representación caótica del todo” (*Ibid*). Sólo mediante la abstracción hecha, en esa realidad que se nos presenta, se pueden obtener conceptos simples que permitan la exposición analítica de las relaciones generales más determinantes que la expliquen. Ése, de hecho, habría sido el método utilizado hasta ese momento por la economía política. No en vano, la sociedad capitalista se había presentado a los ojos de los economistas burgueses y éstos habían expuesto sus conceptos y principios fundamentales, para, a la vez que deducían las

leyes correspondientes, convertir en universales las relaciones generales descubiertas.

Sin embargo, la diferencia entre la esencia y la forma de manifestarse los fenómenos no había sido tenida en cuenta y tampoco, por tanto, el carácter histórico del capitalismo y sus leyes. Habría que ir más allá y tomar ese primer momento del método de la economía política como punto de partida a partir del cual llevar a cabo el ascenso desde las categorías abstractas hacia la realidad concreta. Ese paso permitiría “la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento” (Marx, 1857, 184), presentar a la realidad explicada como “una rica totalidad de determinaciones y relaciones diversas” (Marx, 1857,182). Es decir, desde el conocimiento del carácter general de producción, trabajo, valor, etc se ascendería a la explicación de sus relaciones y su carácter particulares que toman en el modo de producción capitalista.

El análisis marxista presenta, de esta manera, dos tipos de categorías que van a suponer el núcleo de su análisis: las características abstractas generales, que tienen un carácter simple, y las categorías concretas particulares, con un carácter complejo. El primer tipo de categorías, como veremos, se conciben como comunes a toda formación social, las segundas, propias del capitalismo. Así, por ejemplo, aparecen el trabajo general y el trabajo asalariado, el excedente y la plusvalía, la producción en general y el proceso de producción capitalista, el valor de uso y el valor de cambio, la división técnica y la división social del trabajo.

El proceso de conocimiento, que va a iluminar el camino de unas a otras, lo hace en contacto continuo con la realidad histórica, a partir de cuyo desarrollo se expone el surgimiento no sólo del capitalismo sino también de sus categorías y relaciones principales:

“la categoría simple puede expresar las relaciones predominantes de un conjunto poco desarrollado o también las relaciones subordinadas de un conjunto más desarrollado, relaciones que ya existían antes de que el conjunto se hubiese desarrollado en la dirección que está expresada por una categoría más concreta. En este sentido, las leyes del pensar abstracto que se eleva de lo simple a lo complejo responden al proceso histórico real”. (Marx, 1857,185)

Tenemos que la economía política surge en el propio planteamiento marxista en interrelación con el desarrollo histórico. Pero esa relación, a la que volveremos, va a ir más allá de la simple reproducción en el pensamiento del proceso histórico al exponer el surgimiento de lo concreto. La paridad conceptual entre lo general y lo particular, entre lo simple y lo complejo se corresponde con el proceso de absolutización de la categoría abstracta que finalmente no es sino lo propio de la sociedad capitalista, su propia forma convertida en su contenido.

El proceso de abstracción inicial, que da lugar a las categorías generales, se lleva a cabo, no hay que olvidar, desde la realidad tal y como se nos presenta. Es decir, desde la propia sociedad burguesa y no olvidemos que con la base conceptual, a pesar de que se pretenda superar, de su economía política. La reproducción universal de los esquemas más básicos del modo de producción capitalista, de sus propias formas, aunque se presenten como abstraídas, es su consecuencia.

En efecto, sólo en el capitalismo como modo de producción más desarrollado se podría concebir aquello que se presenta como común a todo estadio histórico y que, por tanto, trasciende sus formas concretas.

“Tampoco se producen las abstracciones más generales sino en donde existe el desarrollo concreto más rico, en donde una característica aparece como común a muchos fenómenos, como común a todos. Entonces ya no puede ser pensada solamente bajo una forma particular”. (Marx, 1857, 186)

El capitalismo se impone y con él el efecto homogeneizador derivado de la imposición del intercambio generalizado y la consiguiente preponderancia del valor de cambio acaban con las formas concretas en las que trabajo, producción, riqueza, etc aparecían en la realidad. Desaparece el carácter diferenciado que habían tenido hasta ese momento los bienes que componían la riqueza de una persona en el mismo momento en el que el dinero y su capacidad de reducción de la diversidad de la riqueza a través de su simple acumulación, pasan de medio a fin de la riqueza. Al trabajador le es arrebatado el control sobre el proceso de trabajo, trabajo manual e intelectual se separan, y entra en un mercado en el que se convertirá en indiferencia fuerza de trabajo,

pura mano de obra que pierde el nexo que le unía a su trabajo. Del mismo modo, según la lógica del beneficio comienza a regir el proceso productivo los bienes producidos pasan a ser considerados sólo como mercancías, a decir del propio Marx los valores de uso en tanto que portadores de valor de cambio.

Solamente en ese momento en el que la realidad capitalista las ha despojado de sus caracteres particulares, esas categorías pueden ser abstraídas y, por tanto, afirmadas en sus nociones generales, como comunes no ya al modo de producción capitalista sino a todas las épocas, que a través de ellas pasan a poder ser explicadas:

“La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada, más diferenciada. Las categorías que expresan sus relaciones permiten la comprensión de su estructura, posibilitan al mismo tiempo, comprender las relaciones de producción de todas las formas de sociedad desaparecidas (...) la anatomía del hombre es la clave de la del mono”. (Marx, 1857, 188)

El progreso del proceso histórico y el del proceso de conocimiento irían de la mano. Así, las abstracciones generales se producen allí donde ese desarrollo concreto, es decir, histórico es más rico. Gracias al capitalismo, como estadio más avanzado de esa prehistoria de la humanidad, se nos mostrarían, como veremos, las categorías que definirían la eterna condición natural de la vida humana.

Baudrillard interpretaría esta relación entre el proceso histórico y el proceso científico de abstracción afirmando que: “Cuando la relación dialéctica abstracto/concreto es definida por Marx, en última instancia, como la relación entre <<la representación científica y el movimiento real>> (...), queda en claro que esa producción teórica, tomada ella misma en la abstracción de la representación, no hace más que redoblar su objeto, en este caso la lógica y el movimiento de la economía política” (Baudrillard, 1973, 26).

Sin embargo, Marx parece contradecir esto planteando una cuestión de importancia:

“hasta las categorías más abstractas, a pesar de su validez – precisamente a causa de su naturaleza abstracta – para todas las épocas, son, no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, asimismo el producto de condiciones históricas, y no poseen

plena validez sino para estas condiciones y dentro del marco de estas mismas". (Marx, 1857, 188)

Recalquemos la cuestión: al mismo tiempo que se expone que esas categorías, fruto de unas condiciones históricas, son plenamente válidas sólo para ellas, se afirma su validez para todas las épocas. La manera en que aborda esta dificultad en la exposición de las principales categorías marxistas podrá arrojar luz sobre este entramado epistemológico y sus consecuencias. El estudio de la dicotomía de los pares abstracto – concreto, general – particular, contenido – forma para algunas de esas categorías básicas del esquema marxista (trabajo, producción y valor), puede acercarnos a los planteamientos que se derivan de su paralela concepción materialista de la historia.

Como vamos a intentar demostrar, a pesar de la propia limitación que impondría esa afirmación acerca de su validez histórica, las principales categorías con las que conceptualiza y critica la sociedad capitalista burguesa son, paradójicamente, universalizadas, en su forma abstracta, para hacer de ellas el carácter general de la actividad humana misma. La *Crítica de la Economía Política* se encontraría limitada en su radicalidad. El Materialismo Histórico no sería quizás nada más que el reflejo de los principios del movimiento capitalista.

TRABAJO EN GENERAL Y TRABAJO ENAJENADO

Los *Manuscritos de Economía y Filosofía* de 1844 suponen el primer gran encuentro de Marx con los economistas clásicos. Pero, a la vez, la exposición de su concepción de la que puede ser la categoría central del esquema marxista, su noción de trabajo, que, por ello, examinaremos en primer lugar.

Adam Smith había tomado por primera vez al trabajo en general como la actividad creadora de riqueza. Es decir, sin tomar en consideración el tipo de actividad concreta, agrícola, comercial, industrial, etc, de que se tratase. Rechazando, de esta manera, la idea fisiócrata de agricultura como la única actividad realmente productiva y tomando, por el contrario, como productivas a las actividades creadoras de valor. Es decir, haciendo coincidir, en último

término, el mundo de la riqueza, en concordancia con como es definida, con el de las actividades mercantilizadas, en las que se crea valor.

Efectivamente, sólo en una sociedad como la capitalista en la que el mercado se convierte en la institución encargada de validar socialmente la producción, los diferenciados bienes exponen su esencia homogénea como simples mercancías en el intercambio y, gracias a ello, se hace posible la creación de una concepción abstracta de la riqueza como cúmulo de mercancías. La función del dinero como equivalente general en el intercambio se convierte en fundamental como forma que toma esa riqueza abstracta, cuyo objetivo pasa a ser su simple y continua acumulación.

De esa manera el trabajo en su carácter genérico se convierte en único creador de riqueza, no olvidemos que en tanto que productor de mercancías. Un progreso teórico que va a ser adoptado por Marx, quien va a presentar al trabajo en su noción abstracta de único elemento creador de valor como la base, trabajo vivo y trabajo muerto, de toda producción. Esta concepción general del trabajo sólo puede ser presentada de esta manera (como sustancia indiferenciada) en un momento histórico en el que los trabajadores están perdiendo la estrecha vinculación que tenían a sus trabajos, en los que estaban enraizados, y pasan a formar parte de una masa informe que vende su fuerza de trabajo como mercancía abstracta:

“La indiferencia respecto del trabajo determinado corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar con facilidad de un trabajo a otro y en la que el género determinado del trabajo es fortuito y, por consiguiente, les es indiferente. En este caso el trabajo se ha convertido no sólo categóricamente sino realmente, en un medio de producir riqueza en general, y ha dejado de confundirse con el individuo en un destino especial”. (Marx, 1857, 187)

Repetimos, la generalización de las relaciones mercantiles, al mismo tiempo que se configura el orden capitalista, permite, gracias a su efecto uniformizador, la creación de una noción abstracta de riqueza. Del mismo modo, esa generalización, cuya máxima expresión es la creación de un mercado de trabajo permite comenzar a concebir el trabajo, que es la sustancia de aquella, en su acepción general:

“Así, pues, en este caso [en los EE.UU. como *forma de existencia más moderna de la sociedad burguesa*] la abstracción de la categoría <<trabajo>>, <<trabajo en general>>, trabajo *san phrase*, punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta. De modo que la abstracción más simple, que la economía moderna coloca en primer lugar y que expresa una relación antigua y válida para todas las formas de sociedad, no aparece, sin embargo, como prácticamente cierta en esta abstracción sino como categoría de la más moderna sociedad” (Marx, 1857, 188)

Como ya vimos antes al hablar del método, esa noción, en tanto que categoría de la economía política marxista, aparece por primera vez prácticamente cierta en tanto que categoría de la más moderna sociedad. Sólo cuando el capitalismo se ha desarrollado hasta acabar, gracias a su fuerza arrolladora, con toda su posible particularidad, puede la economía política concebir al trabajo en general. A decir de Baudrillard “nuestra época, al mismo tiempo que produce la universalidad abstracta del trabajo (de la fuerza de trabajo), produce la abstracción universal del *concepto* de trabajo y la ilusión retrospectiva de validez de este concepto para todas las sociedades. La validez concreta, actual, limitada es la del concepto *analítico*; su validez abstracta e ilimitada es la de un concepto *ideológico*” (Baudrillard, 1973, 90).

Ese doble carácter del concepto se correspondería con la distinción entre forma y contenido, entre trabajo asalariado y trabajo en general, a partir de cuya relación Marx llegaría a una concepción básica de su crítica al capitalismo: la del trabajo enajenado. Con su análisis va a tomar a los clásicos para posteriormente enfrentarse a ellos.

En los *Manuscritos de Economía y Filosofía*, basándose en “los presupuestos de la Economía Política” y aceptando “su terminología y sus leyes” (Marx, 1844, 104) constata, que aquella “parte del hecho de la propiedad privada pero no la explica” (*Ibid*). Es decir, asume como un hecho aquello de cuyo origen debería dar cuenta.

Para encontrar su raíz, es decir, el principio de la propiedad privada como consecuencia necesaria del trabajo enajenado, Marx comienza la exposición mostrando como para el trabajador la enajenación del producto de su trabajo no sólo supone la enajenación respecto de la actividad misma, el trabajo, sino también la enajenación respecto de sí mismo. Se siente extraño en una actividad que no le pertenece y el trabajo se presenta como un trabajo

externo y por tanto con un carácter forzado, cuando, sin embargo, sería su actividad vital misma en su carácter genérico:

“Pues, en primer término, el trabajo, la actividad vital, la vida productiva misma, aparece ante el hombre sólo como un medio para la satisfacción de una necesidad, de la necesidad de mantener la existencia física. La vida productiva es, sin embargo, la vida genérica misma. Es la vida que crea vida. En la forma de la actividad vital reside el carácter dado de una especie, su carácter genérico, y la actividad libre, consciente, es el carácter genérico del hombre” (Marx, 1844, 112)

Para el hombre se convierte en “un simple medio para su *existencia*” lo que realmente es “su actividad vital”, “su esencia” (Marx, 1844, 113). Mientras el cuestionamiento de la separación entre medios y fines será reformado más adelante, la concepción del trabajo como eterna condición natural de la vida humana se torna primordial para la economía política marxista.

Así, en *El Capital* se presenta el trabajo con un carácter bifacético: por un lado como trabajo útil, creador de valores de uso (y, por tanto, de naturaleza cualitativa). Por otro, una vez abstraídos éstos, en tanto que reducido a trabajo simple, como la misma magnitud del valor en el intercambio de mercancías (y, por ello, de naturaleza cuantitativa). Ésta se mide como el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir un bien o mercancía. Sintetizadas en ese trabajo abstractamente humano, a través de la igualación de sus magnitudes en el intercambio, las mercancías pierden sus cualidades particulares en tanto que valores de uso. En el mismo proceso la diversidad de trabajos humanos que las producen pierden sus diferencias cualitativas para convertirse en simple gasto de fuerza humana, valor de la mercancía. Cuando eso ocurre nos vuelve a aparecer de manera paralela al trabajo abstracto, ese trabajo útil como un medio de producir riqueza en general. Es decir, bajo ese paralelismo propio del capitalismo, surge el trabajo humano con su carácter genérico:

“Como creador de valores de uso, como *trabajo útil*, pues, el trabajo es, independiente de todas las formaciones sociales, condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana” (Marx, 1867, 53).

En relación con él, el trabajo como mercancía dentro del modo de producción capitalista, aparece no sólo con su carácter único de sustancia y magnitud del valor de cambio del resto de mercancías. Al mismo tiempo se nos presenta con sus propios valores de uso (en el que se integra esa noción general) y de cambio. Es ese doble carácter el que explica el proceso de formación de valor mediante la enajenación, por parte del trabajador, del valor de uso de su fuerza de trabajo (el trabajo mismo) y la realización solamente de su valor de cambio. El capitalista puede extraer la plusvalía, objetivo último del proceso productivo, pues lo específico de esa mercancía es “ser fuente de valor, y de más valor del que ella misma tiene” (Marx, 1867, 234).

Esa generación de plusvalía es estudiada a través del doble carácter de ese proceso como proceso de trabajo, general, y proceso de valorización, capitalista. En esta dimensión encuentra Marx que la naturaleza general del primero no variaría por tomar una forma capitalista. Por lo que podrá investigarse por separado dejando a un lado la forma social determinada que tome, ya que:

“La naturaleza general del proceso laboral no se modifica, naturalmente, por el hecho de que el obrero lo ejecute para el capitalista, en vez de hacerlo para sí. Pero en un principio tampoco se modifica, por el mero hecho de que se interponga el capitalista, la manera determinada en que se hacen botas o se hila” (Marx, 1867, 223)

Si los economistas burgueses deducían como universales las relaciones capitalistas partiendo de un imaginario estado natural del hombre, Marx colige como general la naturaleza del proceso de trabajo simplemente desde una supuesta abstracción de las relaciones históricas del capitalismo. Sólo teniendo esto en cuenta la dialéctica del valor de uso y el valor de cambio de la fuerza de trabajo muestra su verdadera relación.

Veremos, de manera general para todas las mercancías, que su valor de uso no es más que un valor determinado bajo la coartada de las necesidades, por la propia dictadura del valor de cambio. No en vano, sólo se producirían valores de uso “porque son *sustrato material, portadores del valor de cambio*, y en la medida en que lo son” (Marx, 1867, 224). Del mismo modo el valor de uso de la fuerza de trabajo, como su supuesta naturaleza general, se encuentra

también determinado por la misma lógica capitalista: “es el valor de cambio de la fuerza de trabajo el que muestra a su valor de uso, la originalidad y finalidad concreta del acto de trabajo, como su coartada <<genérica>>” (Baudrillard, 1973, 27).

No podía ser de otra manera cuando hemos visto la estrecha dependencia entre el surgimiento de esa acepción general y la colonización del mundo del trabajo por la extensión de las relaciones de mercado. El contenido general de la categoría no es más que la forma particular que toma en el modo de producción capitalista. De hecho, la definición genérica del proceso de trabajo significa la universalización de las concepciones provenientes de la Ilustración acerca de una relación de dominación del hombre sobre la naturaleza en la que medios y fines quedan separados:

“El *proceso de trabajo* tal y como lo hemos presentado en sus elementos simples y abstractos, es una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad” (Marx, 1867, 223).

Con la revolución científico-técnica de la modernidad el hombre había pasado a controlar a la naturaleza. Esa relación de dominio, por la que el hombre puede disponer por la violencia de los elementos de la naturaleza se corresponde con un esquema sujeto – objeto propio de la ciencia racionalista. Definidos esos elementos como objetos, sólo van a ser considerados en relación con su finalidad operativa. Es decir, bajo esa ordenación del mundo, la naturaleza sólo es el medio a través del cual lograr un fin: la satisfacción de las necesidades humanas. Sin embargo, como ya sabemos, éstas, lejos de ser universales, son una noción puramente capitalista realmente producidas por los imperativos del capital que las crea a la vez que los valores de uso que se proponen satisfacerlas.

Esa es la otra cara de la noción general de trabajo. El planteamiento se encuentra totalmente interiorizado en el sistema de la economía política como universal y, sin embargo, dista de serlo. Tomando de nuevo a Baudrillard: “Lo que aquí no se reconoce – y esto equivale a un alineamiento con los

fundamentos de la economía política – es que el hombre primitivo, en sus intercambios simbólicos, *no se mide con la Naturaleza*. Este hombre no conoce la Necesidad, Ley que no cobra efecto sino con la objetivación de la Naturaleza, que toma su forma definitiva con la economía política capitalista y, por otra parte, no es sino la expresión filosófica de la Penuria – de esta sabemos que también proviene de la economía de mercado – ; la escasez no es sino una dimensión *dada* de la economía de mercado, algo *producido* y *reproducido* por el intercambio económico, en lo que se opone al intercambio primitivo que nada sabe de esa <<Ley de la Naturaleza>> de la que se pretende hacer la dimensión ontológica del hombre” (Baudrillard, 1973, 59 y 60).

PRODUCCIÓN GENERAL Y MODOS DE PRODUCCIÓN

Esa concepción del trabajo que tenía su origen en la investigación acerca del trabajo enajenado y la propiedad privada de los *Manuscritos* va a ser punto de referencia básico en el desarrollo del resto de categorías del esquema teórico marxista:

“Así como mediante el análisis hemos encontrado el concepto de propiedad privada partiendo del concepto de trabajo enajenado, extrañado, así también podrán desarrollarse con ayuda de estos dos factores todas las categorías económicas y encontraremos en cada una de estas categorías, por ejemplo, el tráfico, la competencia, el capital, el dinero, solamente, una expresión determinada, desarrollada de aquellos primeros fundamentos”. (Marx, 1844, 119)

Aunque lo había tenido que reformar en tanto que “no le da nada al trabajo y todo a la propiedad privada” (Marx, 1844, 117), Marx había tomado el planteamiento básico de la Economía Política que “parte del trabajo como del alma verdadera de la producción”. Por eso, si en el estudio que acabamos de hacer sobre su origen y contenido el trabajo se nos presentaba como la misma condición de la existencia humana, como la actividad propia del ser humano mediadora de la relación entre el hombre y la naturaleza, de manera paralela, la producción va a aparecer como el punto de partida en el estudio de las sociedades:

“Como los individuos producen en sociedad, o sea la producción de individuos socialmente determinada, es, naturalmente, el punto de partida” (Marx, 1857, 165).

Smith y Ricardo habían comenzado, por el contrario, con el individuo aislado y egoísta de un supuesto estado natural en realidad inexistente. Ése era, realmente, el resultado histórico de la ruptura con los vínculos sociales feudales y la consiguiente aparición del individuo utilitarista de la sociedad burguesa a los ojos de sus economistas. Partiendo de él, estudian las condiciones generales de toda producción regidas por leyes eternas que finalmente se corresponderían con los propios principios de la sociedad capitalista. Marx evidencia el género ideológico y apologético de esas *robinsonadas* pero no renuncia a descubrir los caracteres comunes a toda producción en cualquier estadio del desarrollo social:

“Cuando se trata, pues, de producción se trata de la producción en un grado determinado del desarrollo social (...). Por eso podría creerse que (...) fuera preciso declarar que se trata de una época determinada (...). Pero todas las épocas de producción poseen ciertos rasgos distintivos comunes, determinaciones comunes. La *producción general* es una abstracción pero una abstracción razonable, por lo mismo que pone realmente de relieve y fija el carácter común, y por consiguiente, nos evita las repeticiones” (Marx, 1857, 167).

A través del estudio de la producción en esos distintos estadios de desarrollo, lo común se puede extraer por comparación entre ellos, teniendo en cuenta, eso sí, que algunas de sus determinaciones son propias sólo de la época moderna, justamente aquellas que la diferencian de las más antiguas. Lo cual no es obstáculo para poder separar aquellas otras determinaciones “que valen para la producción en general” (Marx, 1857, 167). De esta manera, al igual que se había hecho para obtener la categoría de trabajo en general, esta nueva categoría va a surgir mediante una abstracción de las características históricas determinadas.

Esta vez Marx no expone, al igual que había hecho con el trabajo, las condiciones históricas que hacen posible, también para la producción, concebir una “característica” “como común a muchos fenómenos” por efecto de la generalización de las relaciones mercantiles. Pero ello no es óbice, sin

embargo, para que sí que aparezca de nuevo el problema del grado de validez que esa concepción general. A pesar de la existencia de esos rasgos comunes revelados por la categoría general, ésta no sería nada más que una pura abstracción incapaz de explicar ningún estadio histórico concreto:

“todos los grados de producción, poseen en común ciertas determinaciones que el pensamiento generaliza; pero las llamadas *condiciones generales* de toda la producción no son otra cosa que esos momentos abstractos, los cuales no explican ningún grado histórico real de la producción” (Marx, 1857, 170).

El hecho es que, sin embargo, en la exposición y análisis de los distintos modos de producción no se va a renunciar a utilizar esa unidad de caracteres que supuestamente se derivaría del hecho de que “el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza son los mismos” (Marx, 1857, 167). Es decir, una unidad basada en la supuesta generalidad de la separación sujeto-objeto entre el hombre y la naturaleza que ya hemos expuesto. Con base en ella la categoría de producción se va a universalizar de la misma manera que había ocurrido con la de trabajo. No en vano en los *Manuscritos* de 1844 la concepción de producción se asimilaba justamente a la vida genérica misma, encontrándose en la naturaleza su objetivación:

“Por eso precisamente es sólo en la elaboración del mundo objetivo en donde el hombre se afirma realmente como un ser *genérico*. Esta producción es su vida genérica activa. Mediante ella aparece la naturaleza como *su* obra y su realidad. El objeto del trabajo es por eso la *objetivación de la vida genérica del hombre*, pues éste se desdobra no sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activa y realmente y se contempla a sí mismo en un mundo creado por él”. (Marx, 1844, 113).

Sus relaciones recíprocas con consumo, distribución y cambio se estudian en la *Introducción a la Contribución* como momentos de un proceso, es decir, en tanto que “miembros de una totalidad, diferencias en una unidad” (Marx, 1857, 182). Lo cual no le impide a afirmar con relación al consumo que “la producción es el verdadero punto de partida y por ello también el momento predominante” (*Ibid*, 176), y, de manera general, que una determinada forma de la producción establece las “formas determinadas del consumo, de la

distribución, del cambio, así como *relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes factores*" (*Ibid*, 182).

Pero más aún, esa preeminencia de la producción como principio explicativo se va a convertir en la base de la concepción materialista de la historia. Paradójicamente de la crítica al capitalismo va a surgir idealizado y universalizado su principio básico ya que "el pensamiento crítico del *modo de producción* no afecta al *principio* de la producción" (Baudrillard, 1973, 9).

No en vano va a ser que a través de él cómo se va a llevar a cabo el estudio de las sociedades anteriores en términos de fuerzas productivas y relaciones de producción. Como ya dijimos, bajo este planteamiento, sólo el modo de producción más desarrollado daría la clave de la comprensión de todos los anteriores. Reproduciendo de manera extensa una cita ya comentada:

"La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada, más diferenciada. Las categorías que expresan sus relaciones permiten la comprensión de su estructura, posibilitan al mismo tiempo, comprender las relaciones de producción de todas las formas de sociedad desaparecidas, sobre cuyas ruinas y elementos se halla edificada y cuyos vestigios, que aún no ha dejado atrás, lleva arrastrando, mientras se ha desarrollado todo lo que antes apenas había sido indicado, etc. la anatomía del hombre es la clave de la del mono. Lo que en las especies animales inferiores indica una forma superior, no puede, por el contrario, comprenderse sino cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc". (Marx, 1857, 188)

Esta conocida idea del modo de producción capitalista como culminación de la línea de evolución de la histórica va a tener como efecto, sin embargo, analizar a las sociedades primitiva, antigua o feudal bajo el esquema de la economía política, de los propios principios de movimiento del capitalismo y, en concreto, con la guía de la preponderancia de la producción tal y como ha sido definida en su carácter general. Ese es el efecto que tiene la ya varias veces citada relación entre el proceso histórico y la representación científica. Sin embargo: "A partir de lo económico y de la producción como instancia determinante, nunca se explicarán los otros tipos de organización sino en función de ese modelo, y no en su especificidad o incluso, como sucede – y así

lo vimos – con las sociedades primitivas, *en su irreductibilidad a la producción*". (Baudrillard, 1973, 91 y 92).

VALOR DE USO Y VALOR DE CAMBIO

Ese proceder metodológico de Marx le lleva a distinguir entre el concepto general de producción y el modo de producción capitalista, al igual que antes entre proceso general de trabajo y proceso de valorización, absolutizando las categorías generales o abstractas de cada uno de esos dos pares de conceptos. Y como adelantamos más arriba, tal modo de proceder está presente también en la distinción entre valor de uso y valor de cambio (valor). De hecho, esa dualidad aparecía también en el trabajo contenido en las mercancías. Pero es en el análisis de dicha paridad en el cuerpo de las mercancías "usuales", presentes en el modo de producción simple, donde podemos ver con mayor claridad que el método marxista implica un desequilibrio fundamental entre sujeto y objeto a favor de este último.

El Capital comienza con el famoso párrafo en el que se presenta la categoría fundamental en el análisis marxista de la sociedad capitalista: la mercancía. Acto seguido se presenta la relación entre la mercancía como mero objeto exterior y el ser humano como sujeto de necesidades que ha de satisfacer a través de su relación con los objetos externos, con lo cual, tal relación estaría en permanente tensión y contradicción. Sin embargo, Marx resuelve rápidamente esa contradicción a favor del objeto, para poder dejar de lado el estudio de las necesidades:

"La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un "enorme cúmulo de mercancías", y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía.

La mercancía es, en primer lugar, un objeto exterior, una cosa que merced a sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran. La naturaleza de esas necesidades, el que se originen, por ejemplo, en el estómago o en la fantasía, en nada modifica el problema." (Marx, 1867, 43)

El concepto fundamental aquí sería, por tanto, el valor de uso, la cosa útil, entendida como el cuerpo desnudo de la mercancía. La imposición del objeto se justifica porque la utilidad del mismo, es decir, su capacidad de satisfacer necesidades humanas, tendría un sustrato material irreductible:

“La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. Pero esa utilidad no flota por los aires. Está condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, y no existe al margen de ellas. El *cuerpo mismo de la mercancía*, tal como el hierro, trigo, diamante, etc., es pues un valor *de uso* o un bien. Este carácter suyo no depende de que la apropiación de sus propiedades útiles cueste al hombre mucho o poco trabajo. [...] El valor de uso se efectiviza únicamente en el uso o en el consumo. Los valores de uso constituyen el *contenido material de la riqueza*, sea cual fuere la forma social de ésta. En la forma de sociedad que hemos de examinar, son a la vez los portadores materiales del *valor de cambio*.” (Marx, 1867, 44-45)

De este modo, la utilidad subjetiva desaparece del campo de análisis por ser un elemento secundario e irrelevante. De igual modo, el objetivismo de que está preñado el concepto de valor de uso es la base para presentarlo como una categoría a-histórica y transcultural. Así, cuando un poco más arriba Marx habla de las múltiples cualidades de una cosa útil introduce la siguiente cita en una nota a pie de página: “<<Las cosas tienen una virtud intrínseca>> (es éste [vertue], en Barbon, el término específico para designar el valor de uso); <<en todas partes tienen la misma virtud, tal como la de la piedra imán de atraer el hierro.>>” (Marx, 1867, 44). Por tanto, el amplio conjunto de propiedades naturales de una cosa es lo que determina su capacidad de satisfacer necesidades humanas, esto es, de ser útil, y por tratarse de una virtud intrínseca de las cosas entonces será a-histórica. No obstante, todavía hay en este punto un matiz importante por parte del propio Marx, cuando dice:

“Toda cosa útil, como el hierro, el papel, etc., ha de considerarse desde un punto de vista doble: según su *cualidad* y con arreglo a su *cantidad*. Cada una de esas cosas es un conjunto de muchas propiedades y puede, por ende, ser útil en diversos aspectos. El descubrimiento de esos diversos aspectos y, en consecuencia de los múltiples modos de usar las cosas, constituye un hecho histórico. Ocurre otro tanto con el hallazgo de *medidas* sociales para indicar la *cantidad* de las cosas útiles. En parte, la diversidad en las medidas de las mercancías se debe a la diferente naturaleza de los objetos que hay que medir, y en parte a la convención.” (Marx, 1867, 43-44)

Este último párrafo es importante por las conclusiones que se pueden extraer del mismo. Como ya hemos dicho, Marx está inserto en plena modernidad, esto es, en la corriente arrolladora de la revolución científico-técnica que ha tratado de objetivar la Naturaleza para ponerla al servicio del hombre. Luego es completamente comprensible que para Marx el descubrimiento (y aprovechamiento) de la Naturaleza, objetivada mediante el concepto de valor de uso, sea un proceso histórico, o más aún, el proceso histórico. Pero esto mismo nos lleva a una concepción marxista de la historia como un simple despliegue de la cosa en sí, independiente del sujeto pero efectivizado por ese mismo sujeto histórico. He aquí, por tanto, los límites que impone Marx al proceso histórico, es decir, a la acción del sujeto: la sobredeterminación de la misma por su objeto.

Pero sigamos ahondando en la dialéctica valor de uso-valor de cambio. Marx presenta esta paridad atendiendo al patrón que hemos visto hasta ahora: una distinción tajante (“Este carácter suyo [de la mercancía] no depende de que la apropiación de sus propiedades útiles cueste al hombre mucho o poco trabajo”) que sirve para presentar al valor de uso como categoría universal y al valor de cambio como categoría específicamente capitalista: “Los valores de uso constituyen el *contenido material de la riqueza*, sea cual fuere la forma social de ésta. En la forma de sociedad que hemos de examinar, son a la vez los portadores materiales del *valor de cambio*.”

Esa separación radical entre valor de uso y valor de cambio determina que la utilidad de los objetos no influya en su valor de cambio o precio (relativo) ni viceversa. El concepto de valor de uso ya quedó bastante explicitado un poco más arriba, por lo que Marx continúa con el examen del valor de cambio, propio de la sociedad capitalista, para recalcar nuevamente la absoluta independencia entre el valor de uso como multiplicidad de propiedades físicas del objeto por un lado, y el valor de cambio como mera relación de intercambio entre objetos por otro. Es precisamente de esa absoluta independencia de donde surge la noción marxiana de valor:

El valor de cambio, nos dice Marx, es una pura relación cuantitativa en el intercambio de valores de uso. Éste tiene un carácter proporcional, que en absoluto es inherente a las propias mercancías, sino que sus proporciones

varían continuamente según el tiempo y lugar. En todo caso lo importante es constatar que esa relación de intercambio entre dos mercancías es posible por la existencia de un tercer elemento común a las dos y al que son reductibles.

“Ese algo común no puede ser una propiedad natural –geométrica, física, química o de otra índole– de las mercancías. Sus propiedades corpóreas entran en consideración, única y exclusivamente, en la medida en que ellas hacen útiles a las mercancías, en que las hacen ser, pues, valores de uso. Pero, por otra parte, salta a la vista que es precisamente la abstracción de sus valores de uso lo que caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías. Dentro de tal relación, un valor de uso vale exactamente lo mismo que cualquier otro, siempre que esté presente en la proporción que corresponda. O, como dice el viejo Barbon: "Una clase de mercancías es tan buena como otra, si su valor de cambio es igual. No existe diferencia o distinción entre cosas de igual valor de cambio". En cuanto valores de uso, las mercancías son, ante todo, diferentes en cuanto a la cualidad; como valores de cambio sólo pueden diferir por su cantidad, y no contienen, por consiguiente, ni un solo átomo de valor de uso.” (Marx, 1867, 46)

Tenemos, por tanto, que en la determinación del valor de cambio como mera relación cuantitativa no interviene el valor de uso, entendido como la capacidad del objeto intercambiado para satisfacer necesidades. Marx margina así desde un principio a la demanda del proceso de formación de los precios. Sin embargo, es obvio que el proceso histórico por el que la humanidad alcanza el conocimiento de las propiedades intrínsecas del mundo que la rodea tendrá que alterar precisamente la relación con ese mundo exterior, tanto en la esfera de la producción como en la del consumo. Lo que ocurre es que, en un principio, Marx tan sólo considera los efectos de tal proceso histórico únicamente, una vez más, por el lado de la producción.

De esta forma, el análisis del valor de cambio conduce a la categoría del valor, que subyace en el intercambio generalizado de mercancías y determina sus relaciones cuantitativas. La sustancia del valor sería el trabajo abstracto, el mero gasto de fuerza humana de trabajo, y la magnitud del mismo sería el tiempo de trabajo socialmente necesario. Es en este punto donde se introduce la relación entre el proceso histórico de avance científico-técnico y las condiciones generales de producción:

“La *magnitud de valor* de una mercancía se mantendría constante, por consiguiente, si también fuera constante el tiempo de trabajo requerido para su producción. Pero éste varía con todo cambio en la *fuerza productiva del trabajo*. La fuerza productiva del trabajo está determinada por múltiples circunstancias, entre otras por el nivel medio de destreza del obrero, el estadio de desarrollo en que se hallan la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, la coordinación social del proceso de producción, la escala y la eficacia de los medios de producción, las *condiciones naturales*” (Marx, 1867, 49).

Sin embargo, Marx integrará finalmente el consumo en la dinámica histórica capitalista, lo que ocurre es que lo hará más adelante, en el capítulo IV de *El Capital*. De este modo, para analizar dicho movimiento, por el cual se amplía el área sujeta al devenir histórico de la esfera de la producción a la esfera del consumo, es conveniente introducir la distinción entre medios de producción y medios de subsistencia. Destaquemos por una vez algo que esta presente a lo largo de todo el escrito, y es que en Marx todos los elementos del análisis quedan interrelacionados: al hablar de trabajo y de producción, hemos tenido que hablar de mercancía, esto es, de intercambio, y ahora, en el momento de analizar el intercambio y el consumo, Marx nos remite de nuevo a la producción. No hay una definición explícita de estos dos conjuntos de bienes, medios de subsistencia y medios de producción, aunque la distinción es clara, así como su pertenencia al nivel más abstracto y general. Lo cual no obsta para que la línea divisoria que se traza entre ambos conjuntos de valores de uso pueda desplazarse con el propio desarrollo histórico. Marx expone la relación entre ambos, su forma abstracta o general y su contenido histórico:

“Para que alguien pueda vender *mercancías diferentes* de su fuerza de trabajo, ese alguien tendrá que poseer, naturalmente, *medios de producción*, por ejemplo materias primas, instrumentos de trabajo, etc. No se puede hacer botines sin cuero. Necesita, además, *medios de subsistencia*. Nadie puede vivir de los productos del porvenir, y por ende tampoco de valores de uso cuya producción aún no ha finalizado, y al igual que en el primer día de su aparición sobre el escenario terrestre, el hombre cada día tiene que consumir antes de producir y mientras produce. Si los productos se fabrican en calidad de *mercancías*, es necesario *venderlos después* de producirlos, y las necesidades del productor sólo podrán ser satisfechas después de la venta. Al tiempo de producción se añade el necesario para la venta”. (Marx, 1867, 205)

...

“La suma de los medios de subsistencia, pues, tiene que alcanzar para mantener al individuo laborioso en cuanto tal, en su condición normal de vida. Las necesidades naturales mismas –como alimentación, vestido, calefacción, vivienda, etc– difieren según las peculiaridades climáticas y las demás condiciones naturales de un país. Por lo demás, hasta el *volumen de las llamadas necesidades imprescindibles*, así como la índole de su satisfacción, es un *producto histórico* y depende por tanto en gran parte del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales. Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral. Aun así, en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los *medios de subsistencia necesarios*”. (Marx, 1867, 207-208)

Como decíamos, tales nociones no quedan muy explícitas, y su carácter general podría quedar oscurecido por el hecho de que Marx hable de medios de subsistencia en su discusión sobre las condiciones históricas necesarias para que el capitalista encuentre la mercancía fuerza de trabajo, y también en la que sigue sobre la determinación del valor de dicha mercancía. Sin embargo, la distinción hecha en el primer párrafo es clara, así como su pertenencia a la esfera general o abstracta, al decir Marx que “al igual que en el primer día de su aparición sobre el escenario terrestre, el hombre cada día tiene que consumir antes de producir y mientras produce.” De igual modo, el contenido concreto de los denominados medios de subsistencia, es decir, la diversidad y la cantidad de valores de uso que se consideran necesarios para mantener al “individuo laborioso”, tiene que ser, precisamente por su carácter concreto, un producto histórico.

Y en cierta medida, se cierra aquí el círculo que quedaba abierto más arriba, cuando el proceso histórico quedaba circunscrito al desarrollo de las fuerzas productivas, marginando así al consumo y la demanda como factores dinámicos. En el capitalismo, la demanda se puede reducir, por lo antedicho, a demanda de mejoras salariales, para acceder de esta forma a una cesta de consumo superior. Tenemos aquí, por tanto, el doble motor de la historia en el marxismo: desarrollo de las fuerzas productivas más lucha de clases. Lo que ocurre es que tal cesta de bienes – salario también queda determinada cuantitativamente como valor de la fuerza de trabajo, por lo que en realidad tenemos que tal modo de proceder encierra a la demanda (de la masa

asalariada) en la esfera de los valores, es decir, que queda salvaguardada la preeminencia de la producción.

Pero no sólo tenemos que la demanda como mera instancia económica quede supeditada a la producción, sino que esto último también se traslada al plano del doble motor de la historia que acabamos de presentar. Aquí no se trata de que la lucha de la clase obrera se pueda quedar reducida a meras reclamaciones sobre mejoras salariales, pues Marx tenía muy claro que el salario es una categoría propiamente capitalista. El alcance de lo anterior es mucho mayor: se trata de que en último término la instancia determinante sea el desarrollo de las fuerzas productivas, pues tales reivindicaciones laborales tan sólo tomarán un carácter revolucionario cuando pongan de manifiesto la contradicción entre las relaciones de producción y el desarrollo científico – técnico.

De este modo, el movimiento revolucionario que pretenda derrocar el capitalismo tiene que mirarse al espejo del desarrollo de la capacidad productiva de la sociedad para que le muestre sí, en efecto, puede contribuir a dicho desarrollo, sí, en último término, puede convertirse en su instrumento. La Revolución social ha de servir, por tanto, a la Producción económica, pero en seguida veremos lo que realmente produce esta última.

En esas mismas páginas del capítulo IV de *El Capital* Marx expone en apenas una página las condiciones históricas bajo las que surgen el resto de categorías manejadas hasta ese momento en dicha obra. Nosotros nos centraremos en lo que dice respecto a la mercancía:

“También las categorías económicas antes consideradas llevan la señal de la historia. En la existencia del producto *como mercancía* están embozadas determinadas condiciones históricas. Para convertirse en mercancía, el producto *no* ha de ser producido *como medio directo de subsistencia* para el productor mismo. Si hubiéramos proseguido nuestra investigación y averiguado bajo qué circunstancias *todos* los productos o la mayor parte de ellos adoptan la forma de la *mercancía*, habríamos encontrado que ello no ocurre sino sobre la base de un modo de producción absolutamente específico, el *modo de producción capitalista*. Esa investigación, empero, es extraña al análisis de la mercancía. Pueden existir producción y circulación mercantiles aunque la parte abrumadoramente mayor de los productos se destine directamente al consumo de los productores mismos, no se transforme en *mercancía*; aunque, pues, el proceso social de producción no esté regido todavía, en toda su extensión y profundidad, por el valor de cambio. La presentación del *producto como mercancía* implica una

división del trabajo tan desarrollada dentro de la sociedad, como para que se consume la escisión entre valor de uso y valor de cambio, iniciada apenas en el comercio directo de trueque. Esa etapa de desarrollo, sin embargo, es común a las formaciones económico-sociales históricamente más diversas". (Marx, 1867, 206)

Vemos una vez más que la categoría de medio de subsistencia opera a un nivel abstracto o general en el estudio de la génesis de la mercancía, siendo lo histórico el carácter directo o indirecto de la producción de medios de subsistencia. Cuando tal producción adquiere un carácter indirecto, por el desarrollo de la división social del trabajo, surge entonces la mercancía, y la escisión entre valor de uso y valor de cambio. Pero el concepto de medio de subsistencia esta siempre presente, al suponer la objetivación de las necesidades del sujeto histórico, o sea, al estar compuesto de simples valores de uso, y al ser el valor de uso uno de los polos de la relación universal sujeto – objeto. Sin embargo, sería el desarrollo histórico el que haría a tales valores de uso enajenables y separables del sujeto productor y consumidor, o, en otras palabras, sería la división del trabajo la que ahondaría en la cesura entre objeto y sujeto hasta presentar directamente a la conciencia lo que en los modos de producción precedentes había permanecido latente: el carácter objetivo de la Naturaleza, el concepto de valor de uso. Y la formación de un mercado de trabajo, por su parte, hace surgir como un primer dato la separación del obrero libre de sus medios de subsistencia (y de producción). Es el valor de cambio el que objetiva, por tanto, la Naturaleza, es decir, el que hace surgir al valor de uso, aunque, según Marx, este último siempre habría estado ahí. Y es el salario el que contrapone al obrero lo que necesita de manera directa, bajo la forma de medios de subsistencia, aunque la Necesidad, como categoría abstracta pero de contenido concreto y, por tanto, histórico, también ha estado siempre ahí.

En cualquier caso lo que tenemos es que la Producción produce también la Necesidad, ambas instancias se sustentan mutuamente entre sí. Pero esto, que es particularmente cierto en una sociedad capitalista, es universalizado precisamente por su enemigo declarado: el marxismo. Y es precisamente en esta universalización de la Ley de la Necesidad y de la objetivación de la Naturaleza donde Marx no escapa del sistema de la economía política. Retomando a Baudrillard donde lo dejamos la última vez: “Es, por lo tanto,

sumamente grave que el pensamiento marxista haya retomado conceptos – claves que pertenecen a la metafísica de la economía de mercado en general y a la ideología capitalista moderna en particular. Sin analizar y sin desenmascarar (exportados, por el contrario, a las sociedades primitivas en las que no tenían nada que hacer), estos conceptos hipotecan todo el análisis ulterior: no habiéndose cuestionado nunca el concepto de producción, dicho análisis jamás se separará radicalmente de la economía política; su misma perspectiva de superación se caracterizará por su contradependencia con respecto a ésta: a la Necesidad se opondrá el dominio de la Naturaleza, a la Penuria se opondrá la Abundancia (“a cada uno según sus necesidades”), sin que nunca se haya reducido la arbitrariedad de estos conceptos ni su sobredeterminación idealista por la economía política.” (Baudrillard, 1973, 60).

MATERIALISMO HISTÓRICO Y PROCESO REVOLUCIONARIO

La distinción entre valor de uso y valor de cambio (valor) en Marx implica, por tanto, un desequilibrio fundamental entre sujeto y objeto a favor de este último. Recordemos que, según Marx, el amplio conjunto de propiedades naturales de una cosa es lo que determina su capacidad de satisfacer necesidades humanas, esto es, de ser útil, y por tratarse de una virtud intrínseca de las cosas entonces será a-histórica.

Este esquema por el que Marx organiza el material histórico ya estaba presente en *La Ideología Alemana*, cuando Marx y Engels confrontaban la concepción idealista de los jóvenes hegelianos con su concepción materialista de la historia. Partiendo de “los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida” (Marx, 1845-46, 11-12) remiten como instancias con las que respaldar esta concepción general del proceso histórico, una vez más, a los cuerpos:

“La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado que cabe constatar es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza. No podemos entrar a examinar aquí, naturalmente, ni la contextura física de los hombres mismos ni las condiciones naturales con que los hombres se encuentran: las geológicas, las oro-hidrográficas, las climáticas y las de otro tipo. Toda historiografía tiene

necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres.” (Marx y Engels, *Ibid*)

He aquí las premisas fundamentales del materialismo histórico: la organización corpórea de los hombres y las condiciones naturales con que éstos se encuentran. Este principio metodológico se extiende aún más, cuando, tras presentar la ligazón entre la división del trabajo (esfera económica) y la evolución de las formas de propiedad (esfera jurídica y política), Marx y Engels concluyen del modo siguiente:

“Nos encontramos, pues, con el hecho de que determinados individuos que se dedican de un determinado modo a la producción, contraen entre sí estas relaciones sociales y políticas determinadas. La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de embaucamiento y especulación, la relación existente entre la estructura social y política y la producción. La estructura social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como *realmente* son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad.” (Marx y Engels, 1845-1846, 17)

Obviamente, la vinculación entre el proceso histórico “real” y la historia de las formas de la conciencia también engloba a la propia concepción materialista de la historia, pues la adopción del anterior enfoque se corresponde con el propio desarrollo histórico del capitalismo. Como señalaron los padres del materialismo histórico, la burguesía al conquistar el poder acaba con los vínculos feudales, reduciendo todas las libertades a “la *única* y desalmada libertad de comercio” (Marx y Engels, 1848, 100) y estableciendo una explotación directa y visible. Así:

“Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.” (Marx y Engels, 1848, 100)

Tenemos, por tanto, que el materialismo más o menos abstracto de Marx y Engels es la expresión superestructural de la estructura de relaciones de producción capitalistas que enmarcan la actividad teórica y política de estos autores, ya que tales relaciones de producción se basan en la explotación abierta conforme al afán de lucro y el cálculo egoísta, tras haber destruido las formas de explotación veladas por la religión o por la política. En este sentido, el propio Marx está atrapado, por tanto, en su propia época, de auge y predominio del orden burgués, y, en consecuencia, asume la labor de mostrar que las ideas religiosas y políticas, las formas jurídicas y artísticas, el Estado, etc., no son más que el subproducto de las relaciones de producción, cuando éstas ya se presentan de forma directa al sujeto.

Sin embargo, en el último párrafo citado de *La Ideología Alemana* también se haya contenida una idea que ya habíamos presentado más arriba: la identificación del modo de producción de los hombres con su modo de vida, entendido como su modo de ser realmente, ya que la producción no es simplemente la reproducción de su existencia física, sino un determinado modo de actividad, es decir, un determinado modo de manifestar su vida. Detengámonos por un momento en esta paridad conceptual, en esta distinción entre existencia y realidad, entendida esta última como manifestación, actividad, vida. Como hemos venido haciendo hasta ahora, vamos a mostrar como las condiciones históricas generales mostrarían directamente esta separación. Tales condiciones históricas generales se pueden relacionar con la compra – venta de fuerza de trabajo, tal como la analiza el propio Marx:

“No obstante, para que el poseedor de dinero encuentre la fuerza de trabajo en el mercado, como *mercancía*, deben cumplirse diversas condiciones. El intercambio de mercancías, en sí y para sí, no implica más *relaciones de dependencia* que las que surgen de su propia naturaleza. Bajo este supuesto, la fuerza de trabajo, como mercancía, sólo puede aparecer en el mercado en la medida y por el hecho de que su *propio poseedor* –la persona a quien pertenece esa fuerza de trabajo– la ofrezca y venda como *mercancía*. Para que su poseedor la venda como mercancía es necesario que pueda disponer de la misma, y por tanto que sea *propietario libre* de su capacidad de trabajo, de su persona. [...] Como *persona* tiene que comportarse constantemente con respecto a su fuerza de trabajo como con respecto a su propiedad, y por tanto a su propia mercancía, y únicamente está en condiciones de hacer eso en la medida en que la pone a disposición del comprador –se la cede para el consumo– sólo

transitoriamente, por un lapso determinado, no renunciando, por tanto, con su enajenación a *su propiedad* sobre ella". (Marx, 1867, 203-204)

La capacidad de trabajo surge entonces como instancia separada una vez que es enajenable en el mercado de (fuerza de) trabajo. Más adelante Marx avanza un poco más del origen histórico que habría tenido la distinción que tratamos de analizar genéticamente, al distinguir claramente entre fuerza de trabajo y trabajo mismo, distinción que es la base sobre la que el capitalista obtiene la plusvalía.

"Es de un sentimentalismo extraordinariamente adocenado tildar de tosca esa *determinación del valor de la fuerza de trabajo*, determinación que fluye de la naturaleza misma de la cosa, y plañir como Rossi: <<Concebir la capacidad de trabajo (*puissance de travail*) prescindiendo de los medios de subsistencia de los trabajadores durante el proceso de producción, es concebir una quimera (un être de raison). Quien dice trabajo, quien dice capacidad de trabajo, dice al mismo tiempo trabajado y medio de subsistencia, trabajador y salario>>. Quien dice capacidad de trabajo no dice trabajo, del mismo modo que quien dice capacidad de digerir no dice digestión. Para este último proceso se requiere, como es sabido, algo más que un buen estómago. Quien dice capacidad de trabajo no se abstrae de los medios necesarios para la subsistencia de la misma. El valor de éstos se expresa, antes bien, en el valor de aquélla. Si la misma no se vende, no le aprovecha para nada al obrero, que siente, por el contrario, como una cruel necesidad natural el que su capacidad de trabajo haya requerido determinada cantidad de medios de subsistencia para su producción y que los requiera siempre de nuevo para su reproducción. Descubre entonces, con Sismondi, que "*la capacidad de trabajo... no es nada si no se la vende*". (Marx, 1867, 210-211)

La fuerza de trabajo, entendida como "el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano" (Marx, 1867, 203), y el trabajo mismo, manifestación de esas capacidades corporales, serían equivalentes a la dicotomía que se presenta en el par existencia – vida (real). La fuerza de trabajo esta asociada, a su vez, con los medios de subsistencia, y el trabajo con los medios de producción. Tenemos, por tanto, la separación entre consumo y producción, entre demanda y oferta, lo cual se puede concebir como el verdadero núcleo duro de la economía política, y, en general, de la economía, pues prácticamente todas las escuelas, corrientes, enfoques y autores que se puedan incluir dentro de esta disciplina han discutido sobre la relación entre oferta y demanda, llegando a las

conclusiones más diversas, pero sin cuestionar jamás la existencia de esas dos instancias separadas. Pero esta cesura es producto de la división del trabajo, esto es, del desarrollo capitalista. Y lo que afirma Marx es que dicha separación es resultado de las leyes de la historia, y que, una vez más, la Necesidad y la Naturaleza siempre han estado ahí, siendo la aportación fundamental del capitalismo al proceso histórico el presentar de forma directa a la conciencia lo que hasta entonces había permanecido latente. Sin embargo, por eso mismo Marx se queda dentro de la economía (política).

Esto último tiene importantísimas implicaciones en el campo de la relación sujeto-objeto, y sería por tales implicaciones por las que, en el planteamiento inicial de Marx, no se absolutiza la separación entre existencia y esencia, que en planteamientos posteriores si que parece consagrar. De esta forma, y volviendo a los párrafos citados de *La Ideología Alemana*, teníamos que las condiciones materiales de las que se parte, no sólo en el plano teórico sino también en el plano histórico, son independientes de la voluntad de los hombres. Sin embargo, un poco más abajo se presenta una nueva sutileza de esta inversión de los términos:

“Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida.” (Marx y Engels, 1845-1846, 18)

¿Es posible conciliar esta idea de restituir al sujeto, al “hombre que realmente actúa”, preso hasta ese momento de la inversión de sujeto y predicado, con la tesis de que las condiciones materiales sobre las que el hombre real lleva a cabo su actividad son independientes de su voluntad? ¿Acaso no estaremos estableciendo un nuevo hombre determinado no ya por las formas de la conciencia, sino por su organización corpórea y por las condiciones materiales que lo rodean? Pese a que muchos no verían ningún problema en esto, más bien lo contrario, Marx y Engels eran conscientes de los peligros que podía acarrear esa inversión, cuando acto seguido escriben:

“Y este modo de considerar las cosas posee sus premisas. Parte de las condiciones reales y no las pierde de vista ni por un momento. Sus premisas son los hombres, pero no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. En cuanto se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empiristas, todavía abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como lo es para los idealistas.” (Marx y Engels, 1845-1846, 18-19)

Tenemos, por tanto, que este rechazo del empirismo puro parece corregir lo dicho al presentar las premisas de la concepción materialista de la Historia, cuando se afirmaba que “estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica”. Y es que, en realidad, la ascensión de la Tierra al cielo no esta libre de retornos y revueltas, y el viaje dista de seguir una ruta siempre ascendente. El conocimiento de nuestra propia organización corporal, así como la geología, la orografía y la hidrografía, el estudio del clima y, en general, de las condiciones naturales que rodean al hombre, no puede llevarse a cabo sin el auxilio de las formas de la conciencia. De ahí que para Marx y Engels sea tan importante establecer un vínculo entre el desarrollo conceptual y el desarrollo histórico real.

Pero aunque Marx y Engels tengan estas precauciones y parezcan oponerse tanto al idealismo como al empirismo puro para restituir así al sujeto, seguimos teniendo la premisa básica de que los cuerpos, tanto los de las mercancías “usuales”, presentes ya en el modo de producción mercantil simple, como los de la fuerza de trabajo, mercancía propia del modo de producción capitalista, tienen unas propiedades físicas inalienables. Más aún, Marx no se contenta con la objetivación de la Naturaleza, sino que en la dialéctica entre sujeto y objeto tenemos que objetiva también al sujeto, lo liga irremediabilmente a la producción de valores de uso, mediante el concepto general de trabajo útil. La simplificación y reducción efectuada tiene dimensiones aún más extraordinarias, al reducir la vida precisamente al trabajo. Y más aún, en la apoteosis de la obra de Marx, en *El Capital*, el valor de uso, los objetos ya sea de consumo o de trabajo, siempre están presentes, en forma de medios de subsistencia y de producción. La fuerza de trabajo consume medios de subsistencia, pero dicho consumo (re)produce la propia fuerza de

trabajo, que a su vez es consumida por la producción (consumo productivo) de tales medios de subsistencia y del resto de medios de producción. El capital supone la separación del trabajador respecto a tales medios de producción instituida como relación social, jurídica y contractual. Pero el concepto general de medio de producción, aún teniendo un contenido concreto y, por tanto, histórico, no cuestiona precisamente la finalidad de la producción, y su escisión en medios de subsistencia y medios de producción, en existencia y realidad, encadena al sujeto histórico a una rueda, la rueda de la concepción materialista de la historia, en la que tal escisión, lejos de dar pie a una dialéctica liberadora lo que hace es encerrarle dentro de los angostos muros de la economía política.

Obviamente, el hecho de encerrar al sujeto histórico en el esquema de la economía política tiene importantes consecuencias políticas, tal como ya adelantamos más arriba. “Lo que aquí está en juego es de orden político: saber si el desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas puede desembocar en una revolución de las relaciones sociales” (Baudrillard, 1973, 60). En definitiva, tenemos un sujeto alienado no por el capitalismo y su economía política, sino también por la teoría marxista y su proyecto político consistente en restituir precisamente al sujeto su verdadero estatus. La objetivación de la Naturaleza y la subsiguiente Ley de la Necesidad como elementos suprahistóricos, en definitiva, el desarrollo de las fuerzas productivas que dormitan en la Naturaleza y en el propio Hombre, a lo que conducen es reducir al sujeto a un mero instrumento de esas fuerzas ajenas. El movimiento revolucionario tiene que mirarse al espejo de la producción para ver si es realmente progresivo, para comprobar si efectivamente es su momento. Y por muy dialéctica que sea la dinámica de la lucha de clases, en último término siempre tendremos el desarrollo de las fuerzas productivas: es esta instancia la fuente de esperanza del marxismo y, al mismo tiempo, su límite. El contenido social de la Revolución queda supeditado, por tanto, a las necesidades del desarrollo económico. Como dice Baudrillard, “toda la esperanza revolucionaria es así sujeta al mito prometeico de las fuerzas productivas”, pero “de nada sirve querer abolir la escasez restituyendo una productividad integral; son estos *conceptos* de Escasez, Necesidad, Producción los que deben ser rotos, porque en ellos está el cerrojo de la economía política” (Baudrillard, 1973, 61).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

BAUDRILLARD, Jean (1973): *El espejo de la producción*. Ed. Gedisa. México. 1983.

DUMONT, Louis (1977): *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*. Ed. Taurus. Madrid. 1999.

MARX, Karl (1844): *Manuscritos de economía y filosofía*. Ed. Alianza. Madrid. 2005.

MARX; Karl (1857): "Introducción a la contribución de la crítica de la economía política" en *Contribución a la crítica de la economía política*. Ed. Comares. Granada. 2004.

MARX, Karl (1867): *El capital. Crítica de la economía política*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1984.

MARX, Karl, y ENGELS, Friedrich (1846): *La Ideología Alemana*. L'Eina Editorial. Barcelona. Sin fecha.

MARX, Karl, y ENGELS, F. (1848): *El Manifiesto Comunista. Antología de "El Capital"*. Edicomunicación. Barcelona. 1999.

NAREDO, José Manuel (1987): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 2003.

POLANYI, Karl (1944): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Ed. La Piqueta. Madrid. 1989.